

RAROS Y HETERODOXOS

Viajero, políglota y lingüista

Un excéntrico evangelizador

Inquieto aventurero e investigador de la lengua gitana, Borrow se embarcó en un proyecto mastodóntico de traducción a distintas lenguas de los Evangelios, que culminó con la publicación en romani del de San Lucas en 1837

Marian Via Rivera
James Womack

Al considerar el modo en el que cultivó la pasión no muy británica del poliglotismo, podría decirse que George Borrow (1803-1881) es uno de los caballeros decimonónicos más clásicos del Reino Unido. Tal vez Borrow sea el ejemplo más radical del entrañable *expert amateur*, otro concepto decididamente inglés —un hombre con un entusiasmo por algo, en su caso los idiomas, que es capaz de perseguir su pasión hasta los extremos más absurdos excluyendo todo lo demás—. Al menos, sus numerosas aventuras se desarrollaron en el espacio público al que esta pasión lo empujaba: la propia naturaleza de su obsesión por los idiomas lo obligó a salir al mundo, a conocer gente de toda condición, a comunicarse, impidiendo sin duda que acabara sus días habitando esa otra categoría inglesa, la del "loco inofensivo".

La línea entre excentricidad y locura es peligrosamente frágil, pero tal vez sea esta cualidad del deseo de compartir el factor que nos ayuda a demarcarla. Por ejemplo, consideremos el caso de su contemporáneo, el Quinto Duque de Portland: retirado de la vida social, pasó 20 años construyendo un vasto complejo bajo tierra en su estado de Nottingham, comunicándose con su ayuda de cámara por escrito. La diferencia es bien clara. Tal comportamiento, sin duda, debe ser locura. Por el contrario, el deseo de comunicarse con absolutamente todo el mundo tal vez pueda resultar extraño, pero guarda una lógica de respeto e interés por tus semejantes que el pobre duque ni tan siquiera rozó.

Hijo de un soldado, Borrow pasó la mayor parte de su infancia viajando por las islas británicas: la familia vivió en Norfolk, Escocia e Irlanda. El sistema educativo insistía en una dieta eminentemente clásica, nutrida por una dosis considerable del latín requerido para convertirse en un caballero. La conexión entre el aprendizaje de la lengua de Ovidio y el estatus aspirado lo expresa Borrow elegantemente en *Lavengro* citando a su primer profesor: "Tocavía no he conocido a ningún muchacho al que, una vez se le haya inculcado la gramática latina, ya sea por su gusto o por medio de artimañas, no se convierta en un hombre hecho y derecho siempre y cuando viva lo suficiente". Pronto en su vida Borrow fue alentado a pensar en otros idiomas: cómo funcionan, cómo se relacionan entre sí y con la sociedad habitada.



Pero existe una diferencia abismal entre querer aprender un poco de latín, y pretender aprender todos los idiomas con los que uno se topa. Las primeras secciones del libro están llenas de anécdotas donde un precoz Borrow escucha una lengua desconocida (irlandés, galés, escocés) e inmediatamente considera si podría aprenderla. Como vemos, Borrow parecía destinado al típico caso del joven repentinamente inteligente que asombra a todos por su habilidad autodidacta para los idiomas, tal vez al modo del famoso lingüista Champollion, quien aprendió lenguas muertas encerrándose en una buhardilla.

El caso de Borrow no podría ser más opuesto: fascinado por el lenguaje romani, entró en contacto con los gitanos de su país, y fue uno de los pocos ingleses en mantener estrechos lazos de amistad con ellos. En

Su estilo, a veces algo pedante, fascina en los volúmenes dedicados a su vida entre los gitanos

parte fue esta relación, extrañísima para la época, lo que precipitó todo lo demás, ya que lo impulsó a recorrer el mundo con el propósito de catalogar las diferencias entre los distintos tipos de romani. Escribió el primer libro de gramática y expresiones gitanas, demostrando la imaginación del idioma en varias de sus excelentes etimologías: Oxford, por ejemplo, aparece como "Lil-engreskey gav", o "ciudad de tipos con libros".

Incluso entonces el deseo de aprender lenguas era algo dilatorio —lo que lo asentó fue su ferrea convicción religiosa—. La historia colonial británica está salpicada de figuras similares que partieron a oscuras regiones del globo para expandir sus evangelios particulares. Tras dos años en Rusia, Borrow viajó a España convencido de que sólo "cuando la gente pudiera experimentar la doctrina en su estado puro" abandonarían generaciones de "supersticiones papistas". Pronto se embarcó en un proyecto mastodóntico de traducción, vertiendo los evangelios a distintas lenguas, que culminó con la publicación del Evangelio de Lucas en romani en 1837. De forma paralela, Borrow concibió otra curiosidad bibliográfica: *Traducción métrica desde treinta idiomas y dialectos* (1835). Aparte de su erudición autodidacta, y tal vez por ella, en ocasiones era brusco y serio: cuando vivió en Rusia, se negó en una ocasión a dar una copia de su libro a un emisario del zar. "Si el zar quiere mi libro, puede venir a buscarlo él mismo", replicó.

Tras estas andanzas, que lo llevaron desde Norfolk a San Petersburgo y a España, Borrow regresó a Inglaterra y escribió libros relatando sus experiencias. Su estilo es en ocasiones pedante e incluso poco hablado. A pesar de todo, los dos volúmenes autobiográficos sobre su relación con los gitanos (*Lavengro* (1851) y su secuela *The Romany Rye* (1857)) —, así como el famosísimo *La Biblia en España* (1843)—, son hipnóticos y fascinantes y le dieron el prestigio literario que ansiaba. En 2000, Portada Editorial reeditó en español su obra *Los Zincoli. Los gitanos en España* (1841), dentro de la colección Biblioteca Flamenca.

La impresión más constante al leer las aventuras de este hombre extremo y genial es que Borrow, el personaje literario, escapa el control de Borrow, el escritor. En la última escena de *The Romany Rye* se pregunta si los gitanos son oriundos realmente de la India. Tras deliberar consigo mismo, concluye el libro con unas palabras de una ingenuidad y simpleza deliciasas: "Creo que iré allí".